EL PARADIGMA DE LA COMPLEJIDAD Y LA TRANSDISCIPLINARIEDAD: IMPLICACIONES PARA EL TRABAJO SOCIAL Y SU LEY REGULADORA EN PUERTO RICO

Iván de Jesús Rosa

El autor es profesor regular en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad del Este. Además, es candidato al grado doctoral en Trabajo Social de la Escuela Graduada de Trabajo Social de la Universidad de Puerto Rico.

Recibido:

24 de febrero de 2016

Aprobado:

30 de agosto de 2016

EL PARADIGMA DE LA COMPLEJIDAD Y LA TRANSDISCIPLINARIEDAD: IMPLICACIONES PARA EL TRABAJO SOCIAL Y SU LEY REGULADORA EN PUERTO RICO

escrito por
Iván de Jesús Rosa

Resumen

En el artículo se explicitan los conceptos teóricos vinculados al paradigma de la complejidad y a la transdisciplinariedad relacionados con la organización del conocimiento científico. Luego, a la luz de diversos escritos previos, se procede a profundizar en las implicaciones de dichas teorizaciones para la disciplina del Trabajo Social. Además, mediante el examen de las diversas propuestas de revisión de la ley que regula la práctica del Trabajo Social en Puerto Rico, se ejemplifica cómo las pugnas entre el paradigma de la simplificación y el paradigma de la complejidad tienen vigencia en el abordaje al quehacer profesional en el país. Finalmente, se articulan recomendaciones dirigidas a integrar los principios del paradigma de la complejidad en los estatutos legales que regulan la profesión en Puerto Rico.

Descriptores: Trabajo Social, complejidad, transdisciplinariedad, ley reguladora de la profesión, Puerto Rico.

Abstract

The paper discusses the theoretical concepts related to the paradigm of complexity and transdisciplinarity associated to the organization of scientific knowledge. Starting from several previous writings, it proceeds to examine the implications of these theories for the discipline of social work. Furthermore, by examining the various proposals for the revision of the law governing the practice of social work in Puerto Rico, it provides an example of the conflicts between the paradigms of simplicity and complexity in addressing the practice of social work in the country. Finally, recommendations to integrate the principles of the paradigm of complexity in the legal statutes regulating the profession in Puerto Rico are articulated.

Keywords: social work, complexity, transdisciplinarity, legal regulation the profession, Puerto Rico.

Introducción

La literatura profesional reciente que aborda aspectos vinculados a la fundamentación epistemológica del Trabajo Social permite apreciar un creciente reclamo respecto a la necesidad de que nuestra disciplina trascienda los acercamientos a la realidad social cimentados en nociones teóricas que segmentan artificialmente a la sociedad, por aproximaciones que den cuenta respecto a la complejidad intrínseca de los problemas sociales con los cuales lidiamos como parte de nuestro quehacer profesional. Dichas reflexiones han girado en torno a la necesidad de generar metodologías de intervención que reconozcan la complejidad social (Carballeda, 2008); entender los problemas sociales como eminentemente complejos (Fuentes & López, 2014); y asumir al Trabajo Social como una transdisciplina que abogue por “una comprensión multidimensional de la realidad” (Ortega, 2015, p. 279).

Con el propósito de generar un aporte adicional a las reflexiones puntualizadas, el presente artículo busca profundizar en la manera en que dichas discusiones se han visto reflejadas en los debates profesionales al interior del Trabajo Social puertorriqueño. Para ello, se iniciará explicitando los fundamentos epistemológicos que dan paso al paradigma de la complejidad. Luego, se examinará el impacto que dicho paradigma ha tenido en cómo se conciben los abordajes teórico-metodológicos generados desde el Trabajo Social.

Posteriormente, se ejemplifica la manera en que las nociones epistémicas puntualizadas se vieron reflejadas en el debate dirigido a crear una nueva ley reguladora para la práctica del Trabajo Social en Puerto Rico. El escrito finaliza realizando recomendaciones al gremio, dirigidas a que el paradigma de la complejidad sirva como fundamento para la articulación final de la nueva ley que regule nuestra profesión.

Sobre la inteligencia ciega

Morin (1998), en su *Introducción al pensamiento complejo*, inicia su reflexión esbozando cómo la Modernidad ha logrado adquirir “conocimientos sin precedentes sobre el mundo físico, biológico, psicológico, sociológico” (p. 27). Según el autor, las sociedades modernas hemos alcanzado superar los mitos y tinieblas en los que fundamentábamos nuestra interpretación del mundo, para hacer reinar a la ciencia, la razón y la verificación empírica y lógica. Habiendo hecho dicho reconocimiento, arguye cómo, simultáneamente, “el error, la ignorancia, la ceguera progresan, por todas partes, al mismo tiempo que nuestros conocimientos” (p. 27).

Es así que, luego de argüir lo que aparentaría ser un contrasentido, aduce que dicha paradoja está ligada al propio desarrollo de la ciencia, ya que el modo en que hemos organizado nuestros saberes en sistemas de ideas ha propendido a “una nueva ceguera ligada al uso degradado de la razón” (Morin, 1998, p. 27). Según el autor, la organización actual del conocimiento científico mutila al mismo, ya que “es incapaz de reconocer y de aprehender la complejidad de lo real” (p. 28). Amplía en cómo los procesos de lógica mediante: (a) la selección/rechazo, (b) distinción/asociación y (c) jerarquización/centralización del conocimiento científico, utilizados para constituir los diversos campos disciplinarios, se han fundamentado en paradigmas epistémicos que no disponen de “medios de concebir la complejidad del problema” (p. 29), y que por lo tanto lo mutilan, desfigurando lo real.

Morin (1998) explica cómo dicho *paradigma de la simplificación*, se articuló partiendo de los principios de disyunción, reducción y abstracción esbozados a través del Discurso del *Método de René Descartes*. A pesar de que reconoce los marcados progresos alcanzados mediante el

mismo, aduce que “sus consecuencias negativas posteriores no se comienzan a revelar hasta el siglo XX” (p. 30). Las críticas de Morin (1998) al paradigma de la simplificación radican en que el mismo ha propendido a una hiper-especialización que desgarrar y fragmenta “el tejido complejo de las realidades, para hacer creer que el corte arbitrario operado sobre lo real era lo real mismo” (p. 30). Esto produce, según el autor, que dicho paradigma sea “incapaz de concebir la conjunción de lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*). O unifica abstractamente anulando la diversidad o, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad” (p. 30).

Es así que, según Morin (1998), hemos llegado a la *inteligencia ciega*, ciencia que “destruye los conjuntos y las totalidades, aísla todos sus objetos de sus ambientes” (pp. 30-31). La misma “produce oscurantismo porque no hay más asociación entre los elementos disjuntos del saber y, por lo tanto, tampoco posibilidad de engranarlos y de reflexionar sobre ellos” (p. 31).

El paradigma de la simplicidad y las disciplinas académicas

Morin (1994) visualiza el término *disciplina* como “una categoría organizacional en el seno del conocimiento científico; ella instituye allí la división y la especialización del trabajo y ella responde a la diversidad de los dominios que recubren las ciencias” (p. 1). Según el autor, las disciplinas buscan la autonomía mediante “la delimitación de sus fronteras, la lengua que ella se constituye, las técnicas que ella está conducida a elaborar o utilizar, y eventualmente por las teorías que le son propias” (p. 1). Esboza cómo la organización del conocimiento

científico mediante los saberes disciplinarios emerge a partir del siglo XIX mediante la formación de las universidades modernas, fortaleciéndose durante el siglo XX con el auge de la investigación científica en los diversos campos del saber.

El autor, luego de reconocer que sin dichos campos disciplinarios el conocimiento científico se “fluidificaría y devendría en vago” (Morin, 1994, p. 1), manifiesta que “la institución disciplinaria entraña a la vez un riesgo de hiper-especialización del investigador y un riesgo de cosificación del objeto de estudio donde se corre el riesgo de olvidar que este es extraído o construido” (p. 1). Es en este proceso que se pudiera caer en el error de invisibilizar las “relaciones y solidaridades” del objeto de estudio de la disciplina propia, obviando los aportes para el análisis de las otras disciplinas. Puntualiza Morin (1994) que “la frontera disciplinaria, su lenguaje y sus conceptos propios van a aislar a la disciplina en relación a las otras y en relación a los problemas que cabalgan las disciplinas” (p. 2). Amplía que, de esta forma “el espíritu hiperdisciplinario va a devenir en un espíritu de propietario que prohíbe toda incursión extrajera en su parcela del saber” (p. 2).

Una de las dificultades con la forma en que estos saberes disciplinarios se han articulado, es que no permiten una comunicación continua y profunda con otros cuerpos de conocimiento, “más aún, ellas no están plenamente justificadas a menos que ellas no oculten las realidades globales” (Morin, 1994, pp. 6-7). Es de esta forma que la estructuración de las disciplinas como saberes autónomos e independientes lleva a cercenar el conocimiento de la realidad en toda su complejidad, reforzando la inteligencia ciega que, si bien aumenta el cúmulo de conocimientos, no es capaz de asumirlos más allá de su propia lógica organizativa.

El paradigma de la complejidad como alternativa

Ante la pregunta ¿qué es la complejidad?, Morin (1998) responde que la misma: es un tejido (*complexus*: lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple. Al mirar con más atención, la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenomenológico (p. 32).

Posteriormente, añade que la misma “a primera vista es un fenómeno cuantitativo, una cantidad extrema de interacciones e interferencias entre un número muy grande de unidades” (p. 59), comprendiendo también “incertidumbres, indeterminaciones, fenómenos aleatorios. En un sentido, la complejidad siempre está relacionada con el azar” (p. 60). Dicha incertidumbre se puede ver reflejada “ya sea en los límites de nuestro entendimiento, ya sea inscrita en los fenómenos” (p. 60). Se reconoce entonces que la complejidad está “ligada a una cierta mezcla de orden y de desorden” (p. 60) y, a diferencia del pensamiento simplificador, acepta como parte de su propia lógica “una cierta ambigüedad y una ambigüedad cierta” (p. 61).

Morin (2010) resalta el hecho de que, en contraposición a la reducción, la complejidad pide que se traten de comprender las relaciones entre el todo y las partes. El conocimiento de las partes no es suficiente, el conocimiento del todo en tanto que todo no basta si se ignoran las partes; entonces, somos orillados a hacer un ir y venir en bucle para reunir el conocimiento del todo y el de las partes. Así, en el principio de reducción se sustituye un principio que concibe la relación de implicación mutua todo-partes (p. 88).

Adicionalmente, Rodríguez Zoya, Leónidas Aguirre, Becerra, et. al (2013) destacan cómo el pensamiento complejo “constituye un enfoque epistemológico que intenta recomponer y repensar la relación entre ciencia y filosofía” (p. 255). Es así que, según dichos autores, el pensamiento complejo “puede entenderse como el esfuerzo por reconstruir una racionalidad reflexiva que intenta pensar la complejidad del mundo físico, biológico y social, la unidad y la diversidad de los sistemas de pensamiento y de los sistemas sociales” (p. 256). Mientras que Maldonado Castañeda (2012) acota que “el pensamiento complejo es un método, a saber: aquel que consiste en poner al descubierto un universo cambiante frente al cual la ciencia, el pensamiento o la cultura anteriores o normales ya no son suficiente” (p. 11).

Morin (1998) reconoce como uno de los principales aportes de la complejidad, el que la misma se sitúa a un nivel transdisciplinario que “permite concebir, al mismo tiempo, tanto la unidad como la diferenciación de las ciencias, no solamente según la naturaleza material de su objeto, sino también según los tipos y las complejidades de los fenómenos de asociación/organización” (p. 42).

Mientras que, al vincular el paradigma de la complejidad con el estudio del ser humano, Lara Hernández (2007) puntualiza que “la complejidad del ser humano, de su naturaleza múltiple (biológica, psicológica, social), ha superado por mucho nuestra capacidad de conocerlo, abordarlo e investigarlo acudiendo a propuestas simplistas, reduccionistas o poco pertinentes, Simplistas por querer reducir al ser humano al plano biológico, psicológico o social” (p. 92). En esto se fundamenta la necesidad del establecimiento de un abordaje transdisciplinario en el estudio del ser humano.

La transdisciplinariedad: estrategia para religar el conocimiento

Uno de los reclamos vitales que articula Morin (1998) es que la teoría, contrario a lo que el pensamiento simplificador ha querido establecer,

no se rompe en el pasaje de lo físico a lo biológico, de lo biológico a lo antropológico, sino que establece, en cada uno de esos niveles, un lazo meta-sistémico, de la entropía a la neguentropía, de la neguentropía a la Antropología (hipercomplejidad) (p.76).

Ante ello, reclama la necesidad de un nuevo discurso “multidimensional no totalitario, teórico pero no doctrinario [...], abierto a la incertidumbre y a la transcendencia; no ideal/idealista, sabiendo que la cosa no será nunca totalmente encerrada en el concepto, el mundo jamás aprisionado en el discurso” (pp.76-77). Ante esto, explicita la necesidad de una ciencia nueva, la cual debe buscar “una transformación multidimensional de aquello que entendemos por ciencia, que concierne a aquello que parece constituir a algunos de sus intangibles imperativos, comenzando por la inevitabilidad de la parcelación disciplinaria y el fraccionamiento teórico” (p. 77). Para ello, se hace necesaria la superación del “marco actual en el cual miríadas de datos se acumulan en los alvéolos disciplinarios cada vez más estrechos y taponados. Es imposible dentro del marco en el que las grandes disciplinas parecen corresponder a esencias y a materias heterogéneas” (p. 77). Dicha ciencia nueva tendrá sentido “si es capaz de aprehender, al mismo tiempo, unidad y diversidad, continuidad y rupturas” (p. 77). Justamente es por esto que, en dicha ciencia nueva “la perspectiva aquí es transdisciplinaria” (p. 79).

Al abordar el término *transdisciplinariedad*, Morin (1994) comparte que se trata a menudo de esquemas cognitivos que pueden atravesar las disciplinas, a veces con una virulencia tal que las coloca en dificultades. De hecho, son complejas cuestiones de ínter, de poli, y de transdisciplinariedad que han operado y han jugado un rol fecundo en la historia de las ciencias; se debe retener las nociones claras que están implicadas en ellas, es decir, la cooperación, y mejor, articulación, objeto común y mejor, proyecto común (p. 8).

De forma vinculada, Lara Hernández (2007) comparte como el movimiento transdisciplinario (llamado así para no asumirlo como una categoría o “disciplina” más) intenta dar cuenta de la necesidad de abrir los saberes del encierro disciplinario y de la complejidad de nuestro entorno. Esta apertura de saberes supone transitar, atravesar y complementar las disciplinas que por años han formado parte de nuestra estructura académica y curricular. La transdisciplinariedad no intenta desvalorar ni eliminar la producción de conocimiento que se ha generado a través de las disciplinas, sino complementar el trabajo intelectual desde una visión que asuma la totalidad como un algo complejo, multidimensional y que, en ocasiones, la delimitación de las disciplinas no permite aprehender en un fenómeno desde la diversidad de niveles que lo componen (p. 107).

Ante ello, según Morin (1994), cobra preeminencia la necesidad de “ecologizar” las disciplinas “es decir, tomar en cuenta todo lo que es contextual comprendiendo las condiciones culturales y sociales, es decir, ver en qué medio ellas nacen, plantean el problema, se esclerosan, se metamorfosean” (p. 8).

Los campos disciplinarios cerrados hacia sí: ¿la nueva torre de Babel?

Arana (2001), al reflexionar sobre el impacto que ha tenido la organización del conocimiento desde el paradigma de la simplicidad, arguye que la humanidad está viviendo lo que pudiera ser denominado como “un segundo episodio de la afamada torre de Babel” (p. 1). El autor puntualiza que

en los últimos tiempos hemos intentado de nuevo llegar hasta el cielo, sólo que esta vez no a base de ladrillos, sino de conocimiento. Cuando parecía que ya habíamos alcanzado los confines del universo con nuestros hallazgos, hete aquí se produce no la confusión, sino el desmembramiento del saber en disciplinas que se hacen mutuamente irreconocibles y que a la larga tal vez se muestren incapaces de colaborar (p. 1).

Este parcelamiento del conocimiento tuvo como producto el que, subsecuentemente, cada cual se entendía solamente con sus vecinos, y sólo con dificultad con los inquilinos de abajo y de arriba: la comunicación entre los que habitaban la base y los de la cúspide se hizo imposible, [...] la construcción tuvo que detenerse (Arana, 2001, p. 2).

Sin embargo, luego clarifica que “más que una torre, lo que hemos fabricado es un conjunto de edificios, cada uno de los cuales lleva sobre la puerta el nombre de la ciencia correspondiente” (p. 2); ya que “cada disciplina no se alberga en pabellones inamovibles, sino que continuamente requiere la construcción de ampliaciones y anexos, que se dividen y subdividen aparentemente hasta el infinito” (p. 2), llegando a ser inaprensibles hasta para sí mismas. Es así que se produce una “babelización de la cultura, multiplicaciones de lenguajes

especializados, proliferación de metodologías ultra específicas” (p. 6).

Al profundizar sobre las implicaciones del cercenamiento del conocimiento científico y humano, Fair (2010) discute cómo “dentro de cada disciplina se produjo un proceso de creciente especialización y desagregación de saberes” (p. 4), lo cual “llevó a la creación de grandes subdisciplinas y áreas de conocimiento dentro de cada disciplina” (p. 4). El autor critica, además, el que “dentro de cada área de conocimiento desagregada, cada investigador y/o docente egresado se dedica a investigar, en la mayoría de los casos, un tema específico dentro de su propia materia” (p. 4). Esto desemboca en una cultura académico-investigativa en la cual “cada investigador se centra en una sola disciplina desagregada, sin pretender el desarrollo de puentes de intercambio de lecturas con otras áreas de otras disciplinas” (p. 4).

Al pensar de Najmanovich (1998) dicha organización del conocimiento convierte los saberes disciplinarios en comunidades cerradas, las cuales “sean científicas o de cualquier tipo, se encaminan inexorablemente hacia la muerte, hacia el fin de los procesos, el fin del conocimiento” (p. 4). Ante dicha realidad, reconoce la necesidad de “el abandono del totalitarismo monológico, de la creencia en que una disciplina puede recubrir completamente un objeto que le es propio, que existe un solo método de interrogación” (p. 6). Frente a lo cual, “al dejar atrás el remedo de paraíso creado por el paradigma de la simplicidad, entramos en el mundo de la complejidad: mundo multiforme y mutante” (Najmanovich, 1998, pp. 3-4).

El Trabajo Social y los problemas sociales: del abordaje simplificante a la complejidad

El Trabajo Social, como disciplina dentro de las Ciencias Sociales, ha privilegiado a los problemas sociales como su foco de atención primario. Dicha centralidad analítica ha desembocado en múltiples modelos, tanto teóricos como de intervención, dirigidos a la atención de los mismos. Sin embargo, la estructuración de dichos modelos ha estado fuertemente vinculada con cómo se conciben los problemas sociales bajo atención.

Ferrer Riquelme y Montagud Mayor (2012) destacan que, con el transcurrir de los años, se ha hecho evidente “la dificultad para intervenir ante situaciones que se presentan en un contexto de creciente complejidad y multiproblematicidad, obteniendo resultados claros y estables que hagan considerar la eficacia o resolución de nuestra intervención” (p. 1036). Ante esto, el Trabajo Social “ha tomado cierto cuerpo en las expresiones de ‘malestar profesional’ o ‘imposibilidad de intervención’ que venimos viendo” (p. 1036). Dicho malestar, según el criterio de los autores, responde a que se ha pretendido abordar desde la simplicidad problemas eminentemente complejos. Esto responde a que la generalidad de los profesionales y las profesionales de Trabajo Social, se han entrenado para proceder ante los problemas sociales de forma lineal, secuencial y reduccionista, “el hecho es que lo hacemos servir a diario en la práctica, sobre todo cuando realizamos intervenciones planificadas” (p. 1046). Es así que se identifica una limitación en la formación profesional en el ámbito del entrenamiento para la atención de “procesos sociales complejos en los que el problema central ya no es claro, en los que no podemos controlar los efectos de las decisiones que tomamos y es menos evidente dónde y cómo debemos intervenir” (p. 1048). Partiendo de los argumentos antes expuestos, Fuentes y

López (2014) resaltan su resistencia a tener que identificar los problemas sociales como “complejos”, ya que, según estas, “la complejidad es un atributo constitutivo de lo social. Por lo tanto, no hay ‘problemas sociales’ que no sean ‘complejos’” (p. 39).

Carballeda (2008) resalta el que las problemáticas sociales complejas “son transversales, abarcando una serie de problemas que se expresan en forma singular en la esfera del sujeto. Así reclaman intervenciones desde ámbitos que marcan nuevos desafíos a las posibilidades de la interdisciplina, especialmente desde su singularidad” (p. 3). Ante ello, postulan Calienni, Martín y Moleda (2009) que “el enfrentamiento a problemáticas sociales cada vez más complejas, obliga al trabajador social, al desarrollo de una reflexión ética, lo que implica revisar los marcos conceptuales desde los que intervenimos y de los esquemas de justificación” (p. 46).

El Trabajo Social como disciplina compleja

Gómez Gómez (1998) al abordar al Trabajo Social desde el paradigma de la complejidad, acota que al mismo le debe resultar “más fácil moverse, desde un principio, en los nuevos paradigmas emergentes del conocimiento” (p. 2). Esto, debido a que lo que la complejidad favorece “claramente es un hacer creativo, unido a un saber cambiante y evolutivo, y es ahí donde el Trabajo Social se ha movido desde sus inicios y va a seguir moviéndose ‘como pez en el agua’” (p. 2).

De forma vinculada, Zurita Castillo (2012) conceptualiza al Trabajo Social como una “disciplina compleja”, ya que “cuando es puesta frente a una realidad social, necesariamente se posiciona ante ella con una perspectiva de análisis social, con

miras a la transformación societal” (p. 2); destacando la autora que “esta acción de transformación solo puede ser alcanzada en forma íntegra, con una mirada de contexto y compleja mediada por el acervo teórico de los saberes transdisciplinarios y no interdisciplinarios” (pp. 2-3). Fundamentándose en su concepción del Trabajo Social como una disciplina compleja, para la autora, la identidad profesional no puede ser vista de forma restricta “otorgándole solo un trozo de lo social, pues la identidad del Trabajo Social yace en sus raíces holísticas y fundacionales” (p. 6). Es así que la disciplina de Trabajo Social “se ocupa y trabaja con lo social como una totalidad en contexto, utilizando los saberes profesionales que le entregan otras disciplinas del campo (más los saberes que arrojan sus prácticas y los saberes profesionales propios)” (p. 6), ello partiendo de una mirada transdisciplinaria. De esta forma, para la autora

entender la disciplina de este modo, significa posicionarla en un nivel de análisis y reflexión superior, partiendo desde la premisa de que el Trabajo Social no es un mero ejecutor de instrumentos y técnicas, y que si bien se perfila como una profesión de carácter práctico, no lo hace sin antes partir desde un análisis acabado de la realidad social a intervenir, todo al amparo de teorías que respaldan el quehacer profesional (p. 8).

Mientras, para Cordero Ramos y Blanco López (2004) la incorporación del continuo identificado por Morin “individuo-sociedad-especie” al Trabajo Social provee para articular “una concepción de la persona en toda su complejidad” (p. 411); la cual “tiene como protagonista no el resultado de una relación dialéctica, y simplificadora, que integra y hace desaparecer la contradicción, sino la conciencia de un sujeto no comprensible, ni aprehensible, si no se entiende como complejo y contradictorio al mismo tiempo” (p. 411). Para

dichos autores, considerar la especificidad del Trabajo Social (el ser humano bio-psico-social, la situación-problema y el medio ambiente que los contextualiza), a la luz del concepto de la auto-eco-organización propuesto por Morin, permite que estas no se entiendan

como realidades excluyentes sino como unos sistemas totales complementarios y contradictorios, que no pueden abarcarse ni comprenderse si no es asumiendo su complejidad intrínseca, [lo cual] puede ser un camino fructífero para el avance del conocimiento dentro de nuestra disciplina. Una disciplina que tiene la potencialidad de recoger en su seno mismo la transdisciplinariedad necesaria para acceder a ese ‘conocimiento’ complejo de la realidad antro-po-sico-social en la que desenvuelve nuestra existencia (p. 411).

El Trabajo Social y la transdisciplinariedad

Fair (2010), al destacar la relevancia de los enfoques transdisciplinarios para el progreso humano, señala como apremiante la necesidad de “dejar de lado el mero parroquialismo y cerrazón que caracteriza a las Ciencias Sociales y Humanas, con el objetivo final de imaginar y construir nuevas modalidades de participación, debate y lucha ideológica” (p. 3). Lo cual, en el respeto a la democracia y pluralidad social, debe “promover el inicio de un proceso de transformación política de la decadente realidad social a la que asistimos en la actualidad” (p. 3). Es así que el abordaje transdisciplinario “permite enriquecer notablemente el análisis de los fenómenos sociales, brindando nuevas categorías que lejos están de erosionar la autonomía relativa de la propia

disciplina o subdisciplina en particular” (p. 7). De forma vinculada, Zurita Castillo (2012), al explicitar la relevancia de este acercamiento para las Ciencias Sociales, acota que la transdisciplinariedad “parte del supuesto de que ‘Lo Social’ es por completo el campo de actuación de todas las diferentes disciplinas científico-sociales, poniendo cada una el acento en las particularidades que demande su profesión” (pp. 5-6). Por lo cual, rechaza la fragmentación de la realidad social como si fuera “una torta de cumpleaños”, mediante la cual se pretenda entregar “un trozo de pastel para cada disciplina” (p. 5).

Aplicando dichas nociones al Trabajo Social, Calienni, Martín y Moleda (2009) nos dicen que “ya no basta con ‘el saber y el saber-hacer’, con ejercer el oficio enmarcado sólo en las características del Trabajo Social definido” (p. 45). Continúan señalando que será necesario “un saber experto que trascienda lo disciplinar, [para] la resolución de las actuales problemáticas sociales, en territorios tan complejos que requiere de un enfoque que supere la especificidad” (p. 45). Según las autoras, llegar al saber experto necesario para intervenir los problemas sociales solo se alcanzará “desde un pensamiento complejo, desde una ruptura epistemológica, desde la lucha por neutralizar la fragmentación de conocimiento – la especificidad de la especificidad -, por intercambiar saberes entre disciplinas, por reconocer el saber general, por trabajar interdisciplinariamente” (p. 46).

Por su parte, Úcar Martínez (2008) invita a los trabajadores y trabajadoras sociales a “establecer puentes que conecten la investigación y la experiencia profesional de las diferentes disciplinas y profesiones que comparten lo social como ámbito de actuación” (p. 9). Esto reconociendo que la dimensión Social es demasiado compleja

como para pretender agotarlo desde una única disciplina o profesión. Solamente desde la interacción de los diferentes profesionales y el diálogo de los diversos saberes disciplinarios [...] resulta posible dar respuestas que sean a un tiempo integrales, apropiadas y ajustadas a las realidades sociales actuales (p. 9).

Mientras, Torres Méndez (2002) apunta que es necesario reconocer que el Trabajo Social transita por las rutas de la complejidad, se acerca a la realidad en contextos específicos, distingue la parte y el todo, integra y contextualiza. Da cuenta de los procesos de intervención de su praxis como construcción explicativa, interpretativa y propositiva. Se trata entonces de una profesión que se hace preguntas más allá de sus fronteras, permite crear el intercambio, la cooperación y la ‘multicompetencia’, características propias de la transdisciplinariedad (p. 38).

Disputas actuales del Trabajo Social en Puerto Rico: entre la complejidad y la simplicidad

Diversos debates, aún vigentes dentro los círculos profesionales que dan forma al Trabajo Social en Puerto Rico, han servido como ejemplo para explicitar la vigencia que las discusiones epistemológicas arriba puntualizadas tienen para la práctica profesional en nuestro contexto nacional. Dentro de dichos debates destacan los movimientos dirigidos a modificar el marco legal de la profesión en el país. Los mismos serán reseñados a continuación, procurando abordarlos a la luz de los postulados esbozados desde el paradigma de la complejidad.

Primera iniciativa para modificar el marco legal de la profesión

A partir del año 2012, diversos grupos profesionales han presentado propuestas de ley dirigidas a establecer un nuevo marco legal para regular el ejercicio de la profesión en Puerto Rico, siendo la primera de estas la propuesta esbozada por la Junta Examinadora de Trabajadores Sociales de Puerto Rico en el año 2012. Dicha junta, la cual está adscrita al Departamento de Estado y es constituida por trabajadores y trabajadoras sociales nombrados por el gobierno estatal de turno, desarrolló lo que se diera a conocer como el Proyecto del Senado 2627 (2012) y el Proyecto de la Cámara 4002 (2012), medidas análogas dirigidas a modificar la Ley 171 del 1940, conocida como la *Ley de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico*.

Entre las modificaciones principales que procuraban los proyectos de ley, según destacan Méndez Arámburu, Caraballo Correa, Vega Rivera, Carrasquillo Casado, Pagán Santos, Navedo Román y Rivera Otero (2013) se encontraba el que se eliminara la licencia de Trabajo Social que el Gobierno de Puerto Rico venía otorgando hasta el momento, la cual sirve como autorización de parte del Estado para ejercer el Trabajo Social en Puerto Rico, sustituyendo la misma por cuatro nuevas categorías de licencia: (a) una licencia de trabajador social subgraduado, (b) una licencia de trabajador social graduado, (c) una licencia de trabajador social clínico, y (d) una licencia de trabajador social forense. Los autores y autoras señalan como para la obtención de las licencias de trabajo social clínico y forense, el proyecto estipulaba un tipo y cantidad de cursos específicos con los que se debía contar para solicitarlas. Se destaca cómo, según el criterio de los entonces miembros de la Junta Examinadora, estas enmiendas se consideraban

fundamentales para devolverle el sitio, la dignidad y el prestigio que la profesión de Trabajo Social tuvo en sus inicios. Las mismas permitirán alcanzar mayor rigurosidad profesional, ampliar los escenarios de práctica, y apoyar el desarrollo intelectual de los profesionales que ejercen el Trabajo Social en Puerto Rico (Junta Examinadora de Trabajadores Social, en Méndez, Caraballo, Vega, et. al, 2013, pp. 36-37).

El examen de las modificaciones propuestas por los entonces miembros de la Junta Examinadora nos permite apreciar cómo las mismas partían de la premisa de que es mediante la hiper-especialización que se logra la atención efectiva de las problemáticas sociales. Resguardándose dentro de las coordenadas del paradigma de la simplicidad, se buscaba fraccionar intra-profesionalmente los conocimientos generados desde el Trabajo Social, creando parcelas adicionales que no se podrían comunicar entre sí. En la medida en que históricamente la función del Gobierno de Puerto Rico ha sido licenciar para el ejercicio de ‘profesiones’ y no de ‘especializaciones’, el hecho de que se crearan licencias profesionales por especialización dentro del Trabajo Social hubiera desembocado en el fraccionamiento de la disciplina, prohibiendo la incursión en ámbitos clínicos o forenses a profesionales del Trabajo Social no licenciados en la especialidad, y excluyendo a los licenciados en estas especialidades, a su vez, de poder incidir en otros campos del Trabajo Social, como el comunitario, el administrativo o el escolar.

Partiendo de las reflexiones esbozadas por Lara Hernández (2007) respecto a la concepción del ser humano como un ente eminentemente complejo e irreducible a los ámbitos biológico, psicológico o social, nos pudiéramos cuestionar, ¿cómo es que la Junta Examinadora pretendía atender los problemas

sociales de las personas limitando la atención profesional a solo uno de dichos ámbitos? Se pudiera aducir que la Junta optó por abrazarse a la *inteligencia ciega* y a la *babelización del conocimiento*, ello procurando cercenar la realidad social al aislar los campos de conocimiento desarrollados intra-profesionalmente. Cabe destacar que, mientras la profesión cada vez se mueve más a abordar los problemas sociales como fenómenos altamente complejos (Fuentes & López, 2014), el proceso de licenciamiento propuesto apostaba a la simplificación de las problemáticas como la estrategia de intervención social privilegiada. Ello a pesar de que este tipo de acercamientos va en contra de cómo históricamente el Trabajo Social ha interpretado e intervenido en la realidad social en que se encuentra enmarcado: de forma holística, atendiendo lo social como una totalidad en contexto y recurriendo a los diversos saberes generados desde el Trabajo Social y otras disciplinas relacionadas, favoreciendo una mirada transdisciplinaria (Zurita Castillo, 2012).

Segunda iniciativa para modificar el marco legal de la profesión

Los proyectos de la Junta Examinadora dirigidos a revisar la ley reguladora de la práctica del Trabajo Social en Puerto Rico desembocaron en múltiples y enérgicas manifestaciones en contra de parte de la clase profesional. La movilización que se generó desembocó en que la propuesta tuviera que ser descartada y que el Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico⁵ asumiera la responsabilidad de volver a iniciar el proceso de revisión de esta ley. Luego de tres años de trabajo, el Colegio hizo público el nuevo proyecto de ley dirigido a sustituir la reglamentación vigente, esto en conjunto

5 Organismo profesional que, por disposición de la ley vigente, recoge a la totalidad de las personas que ejercen el Trabajo Social en Puerto Rico. El mismo está compuesto por unos siete mil colegidos y colegiadas.

y con el aval de la Junta Examinadora, la cual, en su mayoría, estaba ya compuesta por nuevos miembros, quienes no estuvieron involucrados con los proyectos de ley anteriores. El nuevo borrador fue sometido a un proceso de vistas públicas mediante el cual la matrícula del Colegio pudo ofrecer su percepción respecto al mismo, de manera tal que sus observaciones pudieran ser incorporadas. Además, el borrador final fue discutido, modificado y aprobado en asamblea abierta a toda la matrícula de trabajadores y trabajadoras sociales en Puerto Rico. Este proceso viabilizó que pudieran explicitarse las diferentes concepciones que diversos sectores y miembros de la clase profesional tenían respecto al ejercicio del Trabajo Social, unido a las nociones epistémicas en las que se apoyaban. Dichas nociones fueron develadas, de forma más explícita, cuando se discutió la posibilidad de que una persona que tuviera un grado doctoral en Trabajo Social, pero no un grado de bachillerato⁶ o maestría, pudiera o no licenciarse para ejercer la profesión en Puerto Rico. A pesar de que la gran mayoría de los ponentes no presentaron reservas al respecto, quienes sí lo hicieron manifestaron preocupaciones vinculadas con que personas sin un trasfondo educativo en Trabajo Social previo a iniciar sus estudios doctorales fueran reconocidas por el Estado como profesionales en la disciplina luego de completar su doctorado.

Dicho debate giró en torno al doctorado en Trabajo Social ofrecido por la Universidad de Puerto Rico, único existente en el país al momento. El enfoque del doctorado consiste en el desarrollo de competencias para el análisis y administración de política social, y la adquisición de destrezas avanzadas en investigación social. A diferencia de los grados de bachillerato y maestría, el mismo no contempla el desarrollo de destrezas

6 Grado académico universitario que precede a la maestría. Similar al grado académico de licenciatura, según se le conoce en la mayoría de los países de Latinoamérica.

para la intervención directa (individuos, familias, comunidad). En la medida en que para ser admitido al doctorado el estudiante no necesariamente tiene que poseer grados académicos previos en Trabajo Social, se crea la particularidad de que, por primera vez en el país, un profesional del Trabajo Social podía tener competencias avanzadas de intervención a nivel macro, sin necesariamente contar con destrezas de intervención a nivel micro o mezzzo.

Un ejemplo de estas reservas lo constituyó la exposición esbozada por Montañez Concepción (2015), profesora de Trabajo Social, quien, como parte del proceso de vistas públicas, puntualizó que, según su criterio, las personas con formación profesional en Trabajo Social solo a nivel doctoral no estaban capacitados en cuanto a “los marcos teóricos, filosóficos y modelos de intervención atados a la disciplina. Tampoco a la ideología, historia y principios de la profesión” (p. 5), lo cual, según ella, los incapacitaba para hacer intervenciones profesionales. Ante esto, propuso que la Junta Examinadora solo otorgara la licencia a doctores en Trabajo Social “si el solicitante tiene un bachillerato o maestría en Trabajo Social y puede evidenciar experiencia en la profesión de al menos tres años” (p. 6).

De forma coincidente, las también profesoras de Trabajo Social Albite Vélez, Rivera Rodríguez, Rodríguez Parés, Silva Martínez, Valle Ferrer y Varela Llavona (2015) se opusieron a que se licenciara a estos profesionales aduciendo que el doctorado en filosofía y letras en Trabajo Social (Ph.D.) no debía considerarse como un grado profesional, ya que, según ellas, a pesar de que a dichos estudiantes se les ofrecía “una formación académica investigativa para la administración y análisis de política social, no están preparados como profesionales para dar servicio directo” (p. 6). Dichas profesoras propusieron

que, si bien a estas personas no se les debía reconocer como licenciadas en Trabajo Social, debían “ser reconocidos por la profesión y pueden aportar como miembros del CPTSPR [Colegio]” (p. 6), para lo cual se les debía diferenciar de los trabajadores y trabajadoras sociales licenciados, ello mediante la otorgación de una certificación, que si bien no les permitiría ejercer como profesionales, viabilizaría que estos pudieran ser parte del Colegio.

El examen de los posicionamientos arriba recogidos explicita el espíritu propietario e hiperdisciplinario al cual hace referencia Morin (1994) cuando señala como los grupos profesionales tienden a querer aislar su disciplina de los otros cuerpos de conocimiento, creando para ello fronteras que eviten la inserción de otros profesionales o saberes disciplinarios en los problemas o temas típicamente asociados con la disciplina a la cual uno pertenece. En el caso que nos ocupa, dichas fronteras se concretizaban evitando que profesionales de otras disciplinas pudieran ingresar al campo disciplinar del Trabajo Social mediante estudios doctorales, requiriéndoles a estos que completaran, adicionalmente, el grado de bachillerato o maestría para ser reconocidos como profesionales del Trabajo Social. Dicho posicionamiento se distancia significativamente de los objetivos del movimiento transdisciplinario tal cual lo describe Lara Hernández (2007), mediante el cual se aspira a escapar del encierro disciplinario, reconociendo la complejidad del entorno social con el cual lidiamos desde las Ciencias Sociales, y procurando abordar los fenómenos sociales incorporando los diversos saberes articulados desde los múltiples campos del saber.

A pesar de las críticas arriba puntualizadas, el examen de la propuesta para la creación del doctorado en Trabajo Social de la Universidad de Puerto Rico, eje de la controversia

citada, permite apreciar cómo la decisión de que profesionales provenientes de otros campos del saber pudieran integrarse a la profesión del Trabajo Social mediante los estudios doctorales no se dio al azar, ya que, por el contrario, fue una determinación pensada, producto de una reflexión enmarcada en el reconocimiento de la alta complejidad que caracteriza los actuales problemas sociales, y en la necesidad de un abordaje transdisciplinario para poder dar cuenta respecto a los mismos. Según dicha propuesta, se contemplaba al doctorado en Trabajo Social como “uno de carácter interdisciplinario, a través del cual se aspira a que el estudiante adquiera una formación académica que combine el conocimiento medular de la disciplina del Trabajo Social con los saberes acumulados en otras disciplinas” (Escuela Graduada de Trabajo Social Beatriz Lassalle, 2001, p. 2). Además, la propuesta destaca cómo se proponía mediante dicho ofrecimiento académico, superar “la visión fragmentaria del conocimiento producto de la persistente tendencia a la especialización” (p. 2). También, se critica la hiper-especialización al destacar cómo

el proceso educativo excesivamente fragmentado ha generado contradicciones que al presente han llegado a convertirse en inhibidores del pensamiento creativo y crítico, contribuyendo a formar en ocasiones mentes que no ponderan adecuadamente todas las dimensiones relevantes de una situación. Se busca con este acercamiento no sólo desarrollar el pensamiento crítico, sino además una conciencia crítica tan necesaria para lograr el compromiso con la solución de los complejos problemas que afectan a la sociedad (p. 2).

De manera congruente con la noción epistemológica de la cual partía la propuesta doctoral, la profesora emérita de la Universidad de Puerto Rico, Raquel M. Seda Rodríguez,

criticó firmemente la intención de que no se licenciara a egresados del doctorado en Trabajo Social que tuvieran un trasfondo disciplinario diverso. Según Seda Rodríguez (2015), el programa doctoral en Trabajo Social de la Universidad de Puerto Rico aspira, mediante la interdisciplinariedad, trascender la tendencia a la especialización mediante la fragmentación del conocimiento científico. La relevancia de superar dicha tendencia recae en que la misma

en muchas ocasiones nos conduce a una microvisión estrecha que obstaculiza concebir al ser humano en su dimensión individual y colectiva. Las destrezas asociadas con la identificación y desarrollo de estrategias para la transformación social cruzan las fronteras disciplinarias tradicionales. Como parte de las nuevas iniciativas curriculares, existe un énfasis renovado sobre la necesidad de la integración y coherencia curricular que permita a las personas transferir el conocimiento y las destrezas desarrolladas en un área especializada a otras áreas de interés (Seda Rodríguez, 2015, párr. 10).

Partiendo de dicha argumentación, Seda Rodríguez (2015) describió la concretización del doctorado en Trabajo Social de la Universidad de Puerto Rico como “un paso gigantesco en el desarrollo de esta profesión y de otras disciplinas, mediante el trabajo interdisciplinario” (párr. 12). Entendiendo que “no existe razón alguna, que sea válida, para negarle la licencia para la práctica del Trabajo Social a los egresados de este, nuestro primer programa doctoral en Trabajo Social en Puerto Rico. ¡CERTIFICADO NO, LICENCIA SÍ!” (párr. 10, énfasis en el original).

Por lo tanto, partiendo de las premisas del paradigma de la complejidad, tanto la Escuela Graduada de Trabajo Social Beatriz Lassalle al articular la propuesta doctoral, como la

profesora emérita Seda Rodríguez, al defender el programa doctoral en el contexto de la aprobación del nuevo proyecto de la ley reguladora de la profesión, entendieron que, lejos de debilitar el ámbito de acción profesional del Trabajo Social, permitir el acceso de profesionales de otras disciplinas a estudios doctorales en Trabajo Social fortalece, tanto al campo disciplinario, como el abordaje a los problemas sociales actuales, caracterizados por ser eminentemente complejos, y por ende necesarios de ser atendidos transdisciplinariamente.

Reflexiones finales

Luego de que se dieran los debates antes reseñados, el proyecto de ley que finalmente sometiera el Colegio a la Legislatura de Puerto Rico no llegó a ser aprobado (Proyecto de la Cámara 2705 del 2015). Ello debido a que, a pesar de que se completó el proceso legislativo en la Cámara de Representantes, el Senado no llegó a considerar la medida⁷. Al culminar el ciclo legislativo del presente cuatrienio electoral y no ser aprobado el proyecto por ambos cuerpos legislativos, el mismo, para todos los efectos, quedó fuera de la consideración de la Legislatura. Dicho desenlace demanda de nuestro gremio profesional continuar con los procesos de organización y movilización necesarios para lograr la creación de un nuevo marco legal para el Trabajo Social en Puerto Rico.

Debido a que el proceso de concretizar una nueva ley que regule el Trabajo Social en el país aún no termina, propongo que, desde nuestro gremio profesional continuemos reflexionando sobre las implicaciones que el paradigma de la complejidad tiene para la práctica profesional, ello procurando comprender

los fenómenos sociales de forma abarcadora, buscando entender tanto las particularidades de la problemática abordada como los elementos sociales en el cual dicha problemática se enmarca. Para ello, en el proceso de articulación de la ley que regulará la práctica profesional en el país debemos: (a) recurrir al acervo teórico generado, tanto desde el Trabajo Social, como al de otras disciplinas relacionadas, desde un posicionamiento transdisciplinario; (b) revisar los marcos epistemológicos en los cuales enmarcamos nuestra práctica profesional, descartando aquellos que parten de la simplicidad como fundamento interpretativo y privilegiando los que asuman la realidad social como intrínsecamente compleja; y (c) entender y atender los problemas sociales con los que lidiamos como fenómenos ineludiblemente complejos, adecuando nuestra estrategia de intervención a dicho posicionamiento.

Referencias

- Albite Vélez, Lillian; Rivera Rodríguez, Hilda P.; Rodríguez Parés, Cynthia; Silva Martínez, Elithet; Valle Ferrer, Diana & Varela Llavona, Angélica. (2015). Reflexiones y recomendaciones sobre el Borrador del Proyecto de Ley para Regular la Profesión de Trabajo Social en Puerto Rico preparado por el Colegio de Profesionales de Trabajo Social de Puerto Rico. Ponencia presentada ante el Comité Especial de Consulta a la Base del Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico.
- Arana, Juan. (2001). ¿Es posible la interdisciplinariedad?. Recuperado de <http://www.unav.es/gep/PosibleInterdiscip.html>
- Calienni, Mónica; Martín, Ana. M. & Moleda, Marcela. (2009). Sobre el Trabajo Social, la complejidad de los territorios de intervención y la interdisciplina. Revista de Trabajo Social Plaza Pública, 2(2), 37-47.
- Carballeda, Alfredo J. M. (2008). La intervención en lo social y las problemáticas sociales complejas: los escenarios actuales del Trabajo Social. Margen, Periódico de Trabajo Social y Ciencias Sociales, 48. Recuperado de <http://www.margen.org/suscri/margen48/carbal.html>
- Cordero Ramos, Nuria. & Blanco López, Juan. (2004). ¿Trabajo Social sin fundamento? Aportaciones del paradigma de la complejidad a la epistemología del Trabajo Social. Portularia, 4, 407-412.

- Escuela Graduada de Trabajo Social Beatriz Lassalle. (2001). Propuesta para el Establecimiento de un Programa de Doctorado en Filosofía y Letras con Especialidad en Trabajo Social (Ph.D.) de la Facultad de Ciencias Sociales del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. Puerto Rico: Autor.
- Fair, Hernán. (2010). Hacia a transdisciplinariedad. *Con-Sciencias Sociales*, 2, 19-26.
- Ferrer Riquelme, Javier&Montagud Mayor, Xavier. (2012). Trabajo Social y complejidad: los “wickedproblems”. IX Congreso Nacional de Trabajo Social bajo el título de El Trabajo Social ante los desafíos de un mundo en cambio, 1035-1052.
- Fuentes, María P. & López, María N. (2014). Lo interdisciplinar: discusiones e implicaciones de un imperativo de época para el Trabajo Social. En M. Fuentes & V. Cruz (Ed.). *Lo metodológico en Trabajo Social: desafíos frente a la simplificación e instrumentalización de lo social*. Argentina: Editorial de la Universidad de la Plata.
- Gómez Gómez, Francisco. (1998). El Trabajo Social desde el paradigma de la complejidad. *Trabajo Social Hoy*, 21, 50-70.
- Lara Hernández, María de L. (2007). La complejidad y la transdisciplinariedad en la psicología social comunitaria. En M. L. Lara Hernández (Ed.). *Al margen de los márgenes. Transdisciplinariedad y complejidad: experiencias y retos desde la universidad*. Colombia: Koiné Inc.
- Maldonado Castañeda, Carlos E. (2012). ¿Qué son las ciencias de la complejidad? Filosofía de la ciencia de la complejidad. En C. E. Maldonado Castañeda (Ed.). *Derivas de complejidad: fundamentos teóricos*. Bogotá: Editorial UR.

- MéndezArámburu, Kanti; Caraballo Correa, Glorimar; Vega Rivera, Roberto; Carrasquillo Casado, Bangie; Pagán Santos, Rosa J.; Navedo Román, Yalitz& Rivera Otero, Carlos. (2013). Debates y controversias en torno a la Ley 171 del 11 de mayo de 1940, según enmendada, conocida como la Ley de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico. Trabajo de investigación no publicado. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Montañez Concepción, Isabel. (2015). Reacciones y propuesta a considerar para proyecto nueva ley de colegiación. Ponencia presentada ante el Comité Especial de Consulta a la Base del Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico.
- Morin Edgar. (1994). Sobre la interdisciplinariedad. Boletín del Centre International de Recherches et Études Transdisciplinaires. (No. 2). Recuperado de <http://www.pensamientocomplejo.com.ar/documento.asp?Estado=VerFicha&IdDocumento=14>.
- Morin Edgar. (1998). Introducción al pensamiento complejo. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Morin Edgar. (2010). Complejidad restringida, complejidad general. Estudios, 93 (8), 79-135.
- Najmanovich, Denise. (1998). Interdisciplina: riesgos y beneficios del arte dialógico. Tramas, 4(4).
- Ortega, María B. (2015). Trabajo Social como transdisciplina: hacia una teoría de la intervención. Cinta Moebio, 54, 278-289.

Rodríguez Zoya, Leonardo G.; Leónidas Aguirre, Julio; Becerra, Gastón; Rodríguez Zoya, Paula G.; Rodríguez, Rubén J. & Marzonetto, Gabriela. (2013). Reflexiones sobre la relación entre pensamiento complejo, sistemas complejos y ciencias sociales. En M. J. Acevedo (Ed.). Recorridos en la investigación: programa reconocimiento institucional de investigaciones. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Seda Rodríguez, Raquel M. (2015). Mensaje para la Asamblea Extraordinaria del Colegio de Profesionales del Trabajo Social de Puerto Rico. Bayamón, Puerto Rico.

Torres Méndez, Clara I. (2002). Trabajo Social como habitante de la complejidad: una reflexión epistemológica. Revista de Trabajo Social, 4, 31-40.

Úcar Martínez, Xavier. (2008). El trabajador social entre la complejidad social y las profesiones de lo social. En A. Rodríguez & E. E. Raya (Coords.) Una Europa social y plural. Actas del VII Congreso Estatal de las Escuelas Universitarias de Trabajo Social.

Zurita Castillo, Ronald. (2012). Pensar, repensar y seguir pensando al Trabajo Social. Margen, 65, 1-10